

La Vocación Histórica de Eduardo Acevedo Díaz

“La vocación es la conciencia de una aptitud determinada”.
(José E. Rodó, *Motivos de Proteo*, XLI).

El 12 de setiembre de 1869 fallecía en Montevideo, a los ochenta años de edad, el Brigadier General D. Antonio F. Díaz, soldado de nuestras guerras de independencia.

Oriundo de La Coruña (España), fue traído al Río de la Plata por su padre a la edad de 13 años, poco antes de la ocupación napoleónica del suelo natal, y halló en el nuestro su patria adoptiva.

Siendo un adolescente luchó en defensa de Montevideo contra la invasión inglesa de 1807, en que resultó herido, por lo que fuera promovido al grado de teniente.

Incorporado a la revolución oriental de 1811, en clase de capitán, hallóse en la batalla de Las Piedras, y luego en el segundo sitio de Montevideo (1812), resultando nuevamente herido en la batalla del Cerrito, y ascendido a sargento mayor.

Vinculado al general bonaerense Carlos M. Alvear, quien le hizo teniente coronel, separóse de las filas artiguistas (1814); depuesto aquél como Director Supremo (1815), Díaz cayó en desgracia de las nuevas autoridades bonaerenses, quienes le enviaron engrillado, al igual que otros seis jefes alvearistas, al Cuartel General de Artigas, en Paysandú, para que el Jefe de los Orientales se vengara en ellos como sus enemigos políticos.

Artigas rechazó el ruin presente arguyendo que “no era verdugo de Buenos Aires”, y le devolvió a esta ciudad de donde partió desterrado hacia Europa.

Radicado en Montevideo bajo la dominación portuguesa (1817 - 1824) dedicóse al comercio, y redactó los periódicos “La Capital” y “El Aguacero”. En 1824 pasó a Buenos Aires, donde prosiguió sus tareas periodísticas como redactor de “El Piloto” (1825 - 1826) y “El Correo Nacional” (1827), hasta su incorporación al Ejército Republicano de las Provincias Unidas, al mando de Alvear,

en la campaña contra el Imperio del Brasil (1826 - 1828); con el grado de teniente coronel hallóse en la memorable batalla de Ituzaingó (febrero 20 de 1827), de la que conservó un emotivo y perenne recuerdo.

Celebrada la paz con el Imperio, por la que fue reconocida la independencia del Estado Oriental (1828), retornó a Montevideo donde reinició su labor periodística como redactor de "El Universal" (1829 - 1838), el más importante diario publicado hasta entonces en nuestro país.

Oficial Mayor y Encargado del Ministerio de Hacienda (1838), y del Ministerio de Guerra y Marina (1838) bajo el gobierno de Oribe, emigró a Buenos Aires junto con éste cuando su resignación del mando presidencial frente a la triunfante revolución de Rivera (1838).

Fue nuevamente Ministro de Hacienda, y de Guerra y Marina (1843 - 1844 y 1846 - 1851) del "Gobierno del Cerrito" presidido por Oribe, durante el Sitio Grande de Montevideo (1843 - 1851), habiéndosele conferido el grado de coronel.

Ministro de Guerra y Marina (1858 - 1859) del presidente Gabriel A. Pereira (1856 - 1859), quien lo ascendió a brigadier general, fue sucesivamente inspector del arma de infantería, presidente de la Comisión redactora del Código Militar, y jefe de las líneas de defensa de la capital cuando la revolución de Flores (1863 - 1865) contra el presidente Bernardo P. Berro y su sucesor D. Atanasio C. Aguirre; falleció cuatro años más tarde del triunfo de aquélla que significó la derrota de su partido.

Seis días después de su muerte, el 18 de setiembre de 1869, bajo el título de "*Débil tributo a la memoria de mi venerable abuelo, el Brigadier General D. Antonio Díaz*", aparecía publicado en "El Siglo" el siguiente artículo:

"Recuerdo cuando allá en las noches de invierno sentados junto al hogar, el anciano se solazaba embebido en las puras fuentes de su memoria.

"Mi oído atento escuchaba de su boca las hazañas de los héroes que formando una sublime leyenda, prepararon la emancipación del suelo americano y la emancipación del hombre.

"Su acento al hablar de su patria adoptiva, temblaba de emoción; mi mirada fija y constante en su frente ve-

nerable, denotaba el placer profundo de mi alma ardiente y juvenil, al percibir la voz grave, entera y persuasiva de aquel hombre justo. El anciano era el joven de los *grandes días* al pronunciar los fastos de las heroicidades primeras; era el niño que presenció la epopeya grandiosa de la independencia y de la libertad, que arrulló sus juveniles años al son de sus cantos eternos; su esperanza en un risueño porvenir nació en la cuna del derecho americano, en aquella cuna excepcional y gloriosa que se cimentó sobre los mutilados escombros de las naciones europeas. Qué dulce es el escuchar el acento inspirado, lleno de verdad y de pureza de la senectud, de los años de experiencia! Qué grata e inefable es la dicha que se experimenta, cuando un anciano virtuoso nos deja oír la palabra bella y sublime del bien patrio!... cuando deja transitar fugaces pero esplendorosas a nuestra vista asombrada los manes augustos de los que fueron, los males que la patria sufrió, los vestigios solemnes de una pasada grandeza. Cuando deja deslizar frente a nuestra justa admiración de una gloria excelsa al fulgor esplendente de un destino grande, el fugitivo resplandor, de las almas heroicas la fortaleza admirable, de una patria pequeña los inmortales recuerdos!

[...] Entonces el anciano me refería la historia de mi patria y de las otras comarcas americanas. Recuerdo con las lágrimas que deja correr “la tradición animada”, la expresión magnífica del noble octogenario, cuando allá en el silencio de la noche dejábame escuchar el sonido de su voz.

[...] “En su cabellera blanca yo veía los anales uruguayos, pero aquellos anales gloriosos de la patria única e idéntica, la patria de Artigas! en su frente la iluminación espléndida del sol oriental que él tanto amó! en sus ojos velados por el lento transcurso de casi un siglo, la mirada apasionada sí, pero límpida y pura de un amor casto, sublime y bello, el amor de la patria a quien él consagró su prolongada existencia! en su cabeza venerable para mí, todo un poema de deliciosos encantos escritos por las almas grandes de nuestra regeneración, el poema del pasado con el poema del porvenir, la leyenda histórica del pueblo americano! en el anciano grave y silencioso, en fin, yo veía, sí, al maestro de mis acciones y de mis estudios, a mi segundo padre a quien yo tanto amé, al Mentor de quien recibía sanos consejos...

[...] “Fue por él que allá en las calladas horas, bebí en la fuente de los imperecederos recuerdos, fue por él que mi imaginación de niño amó las estrañas glorias y conoció las grandes verdades de la historia, fue por él que yo reconocí la grandeza de mi patria; patria tan pequeña, pero cuna de grandes héroes! fue por él en fin por quien mi espíritu pobre recibió una llamarada deslumbradora de instrucción que por su debilidad no pudo abarcar, pero que dejando allí un átomo de luz, engendró mi amor intenso al saber...

“Recuerdo la santidad de su palabra, recuerdo la bondad infinita de sus facciones; recuerdo cuando yo tomaba la pluma y él me dictaba las glorias uruguayas; cuando al través de los huracanes del tiempo un magnífico pueblo marchaba a la conquista del triunfo y del derecho, coronado con los laureles republicanos; cuando bajo los rayos esplendentes del astro argentino y del sol oriental, batallaban las legiones valerosamente, por adquirir el poderío de una verdadera nacionalidad... Entonces el anciano enmudecía un momento... sin duda sumergido en el lago purísimo de los inmortales recuerdos; colocaba su mano en la frente surcada por los años transcurridos, y meditaba las hazañas de ilustres campeones, los esfuerzos sublimes de un pueblo grande!...

[...] “Así un día me habló mi venerable abuelo, el que hoy duerme con el sueño del justo... Recuerdo cuando en sus momentos tranquilos daba inagotable ardor a mi espíritu, murmurando a mi atento oído la palabra grandiosa de *Ituzaingó*, expresión que encierra un canto de Homero y una vibración sublime de la lira virgiliana... Mas no eran los fantasmas de la falange griega chocando con las armas gigantes de la ciudad de Ilión las que atravesaban por mi imaginación acalorada por el fuego de la palabra del anciano, que en su juventud presencié aquella batalla sangrienta; solo en el valor de las legiones americanas en la lid más imponente, dieron a conocer su cólera grandiosa en sus primitivos pasos por los campos de la muerte... Pero ved y escuchad, como yo antes anhelante escuché.

“Allá marchan los batallones en medio de los bosques brasileños; una columna se pierde en el horizonte, dejando tras sí el polvo de los cascos de su caballería; las legiones argentinas siguen a aquella falange de jinetes orientales, que llevan lejos los estandartes republicanos... Un momento más, y los campos, las colinas y los prados,

despiden en espirales las llamas voraces de una hoguera, que devorando los bagajes del ejército conquistador, no dejarán al enemigo ni aún una pálida esperanza de botín... *Alvear* marcha en batalla; los batallones descenden de las colinas, haciendo temblar el sólido suelo que pisan; se traba sangrienta, sombría e imponente la lucha; las legiones se entrechocan, rechazan y vuelven sobre sí; la caballería envuelta en el humo del incendio y del combate se introduce en medio de las unidas falanges enemigas; el cañón truena cubriendo de blancas nubes el espacio, y al pie de sus cureñas, abrazado al pendón de su patria, arroja su postrer gemido de agonía el soldado moribundo; la espada brilla por doquier lanzando rápidos destellos, los guerreros vacilan y caen; en la llanura inmensa vagan errantes, aspirando el humo de la batalla, los rápidos corceles; el clarín resonando a lo lejos convoca a la lid los fogosos escuadrones, que en su frenética carrera desaparecen en confuso torbellino entre los cascos innumerables de la metralla; las baterías varían de posición arrebatadas por los indómitos dragones y los temerarios lanceros, y allá en medio de los batallones que se precipitan y destruyen, entre el confuso rumor de las armas exterminando al contrario obstinado, entre el remolino violento de los ginetes que salvan los obstáculos arrojando un grito tremendo y supremo, en medio de los cadáveres y de los heridos exhalando desgarradoras quejas, marcha un regimiento de aguerridos soldados, se detiene, combate y extermina, pero su capitán ha muerto...

“Brandzen ha caído!...

“Allá una pradera se ilumina aún más con la rojiza luz del incendio... *Lavalleja* atraviesa con los guerreros uruguayos las columnas enemigas, diezmado, mutilado, pero siempre heroico; las lanzas orientales vacilan en medio de la sangre, del fuego, del clamor inmenso, del horror profundo. La batalla continúa llena de titánicos combates parciales, y allí las almas de los soldados oscuros tornáronse gigantes, y los capitanes sin nombre cayeron como robustos atletas, y los artilleros ennegrecidos rodaron sobre el cañón...

“Allí en los campos de *Ituzaingó!*

“*Ituzaingó!* palabra solemne que el anciano pronunciaba con veneración, porque en ella se abarcaban todos los cantos heroicos de la gloria noblemente adquirida! Poema sublime de generosos campeones coronándose con la diadema de un triunfo inmenso! Epopeya inmortal que

aún espera escuchar sus gratas armonías al son del plectro de oro!

“Todos estos recuerdos de las glorias americanas, todas esas claridades inefables de la patria, vivían completas en la memoria del anciano virtuoso, y de su boca repito, escuchaba las verdades, la imparcialidad austera, la justicia igual para todos. Su voz, grave, sonora y pausada, aún resuena y resonará eternamente en mis oídos, porque ese acento puro era para mí lo que nunca morirá... el recuerdo augusto y solemne de las heroicidades uruguayas, traído a mi memoria por aquél que las vió venerándolas y haciendo de ellas la escuela sublime y grandiosa de las generaciones venideras... Ya esos ojos no verán... En sus postreros momentos el espíritu del anciano se conservó sereno, y sólo su mirada apagó su brillo; su frente despejada perdió su tinte purpúreo para adquirir la helada lividez de la muerte; su mano se detuvo bajo aquella cabeza amada, apoyada en el lecho; su boca dejó oír el nombre grande de Dios, y en seguida sus labios se cerraron... así murió aquel hombre justo!...

“Yo le ví, sí, mis ojos le vieron; reposaba tranquilo en su lecho de muerte, como el bien personificado debe morir... Ya la estrella benéfica que algunas veces iluminó mi senda, descendió a su ocaso; y fue entonces, como dice Víctor Hugo, una noche sin estrellas, profundamente oscura. Sin duda allá en la sombra algún ángel inmenso se tenía de pie con las alas desplegadas, esperando el alma.

“Ya reposa en el panteón el anciano que vió de nuestra patria, la infancia de *los grandes días!*

“Paz eterna en su tumba...”.¹

El autor de este tierno y emocionado homenaje al ilustre muerto era Eduardo Acevedo y Díaz, joven universitario de 18 años de edad, nieto de aquél por parte de madre, Da. Fátima Díaz, hija del veterano soldado oriental.

Fruto juvenil, grandilocuente y declamatorio, —muy lejos aún de la prosa límpida y castiza de sus grandes escritos posteriores—, los escasos méritos literarios del texto se hallan ampliamente compensados por su alto valor autobiográfico.

¹ “EL SIGLO”. Montevideo, setiembre 18 de 1869, pág. 1, cols. 1-3.